

## La mujer en la obra riveriana \*

Escribe: WILLIAM MEJIA B., S. J.

“¿Para qué las ciudades? Quizá mi fuente de poesía estaba en el secreto de los bosques intactos, en la caricia de las auras, en el idioma desconocido de las cosas; en cantar lo que dice el peñón a la onda que se despide, el arrebol a la ciénaga, la estrella a las inmensidades que guardan el silencio de Dios” (L. V., pág. 91) (1).

Estas palabras de Arturo Cova, el protagonista de *La vorágine*, puntualizan el estilo, el contenido y la estructuración de la obra riveriana. José Eustasio es el poeta “objetivo” de la naturaleza. El soneto prólogo de *Tierra de promisión*, suministra la clave de su ser-naturaleza:

“Soy un grávido río, y a la luz meridiana  
ruedo bajo los ámbitos reflejando el paisaje”.

Rivera se identifica con la naturaleza: “Los más ligeros ruidos repercutieron en mi ser, consustanciado a tal punto con el ambiente, que era mi propia alma la que gemía, y mi tristeza, la que, a semejanza de un lente opaco, apenumbra todas las cosas” (L. V., pág. 121). Su destino —“sufrir con la natura” (III, 25)— le hace forjar un ideal. En su diario existir tratará de alcanzarlo. Pero su quijotismo concluirá en el fracaso de su vida. “No ser lo que pude haber sido” es el clamor que se levanta en el lema de *La vorágine*. Al recordar el día de su doctorado llora su íntima decepción:

“Loco gasté mi juventud lozana  
en subir a la cumbre prometida  
y hoy que llego diviso la salida  
del sol, en otra cumbre más lejana.

---

\* El presente trabajo está basado en la profundización de la línea simbólica “palmera, brisa-mujer y estrella-mujer”, de la tesis *José Eustasio Rivera, poeta de promisión*, de Luis Carlos Herrera S. J., de próxima aparición.

(1) Las citas de *La vorágine* se refieren a la cuarta edición de la Editorial Minerva, Bogotá.

*Aquí donde la gloria se engalana  
hallo solo una bruma desteñida;  
y me siento a llorar porque mi vida  
ni del pasado fue... ni del mañana.*

*¡No haber amado! Coronar la altura  
¡y ver que se engañaba mi locura...!*

José Eustasio Rivera explica su doble fracaso. La gloria con que sueña es solo bruma desteñida. Quiere la gloria como un bien estático. No comprende que su ser-en-camino es incompatible con una felicidad estable y permanente. El poeta, que deja lo que perdura (III, 25) persigue una quimera humana, y bien sabe "que de ella parten los caminos para el triunfo, para el bienestar y para el amor. (... Mas han pasado los días y se va marchitando mi juventud sin que mi ilusión reconozca su derrotero" (L. V., pág. 27). La gloria —el triunfo— y el bienestar que desea son un instalamiento casi burgués. El amor aparece como elemento más dinámico. Vivir, ser, es aprender a amar. Y su fracaso en el amor es el segundo motivo de su engaño loco. ¡No haber amado...!

## LA MUJER EN TIERRA DE PROMISION

*La mujer simbólica: estrella y palmera*

El poeta se ha identificado con el río turbio de pesadumbre y anchuroso y profundo, que acepta la catarsis de la espera:

*"purifico mis aguas esperando una estrella  
que vendrá de los cielos a bogar en mis ondas".*

'Estrella' que vendrá hacia él. Estrella diferente de "la lánguida estrella de zafir y de oro" (I, 10), que la nutria logra apresar en su boca. Es una estrella interior: la mujer ideal que vendrá desde los cielos. Los contextos en que aparece *la estrella* indican lo femenino: esperando, ávido, temblor, brazos, ternura romántica, besar... La repetición de estos contextos crea el símbolo. La estrella deja de ser un pez (I, 10), una luminaria que palidece en los cielos (II, 6), un lejano telón de fondo (III, 5) o un reflejo en el agua (III, 15). La estrella llega a simbolizar el deseo de la mujer ideal para J. E. Rivera. Estrella que, en la realidad nadie espera, como ninguna persona es un río.

José Eustasio, poeta-río, evoluciona en su actitud ante la estrella. Pasa de la espera pasiva al deseo dinámico. En la noche contempla abortido la inmensidad. El arcano descorre ante sus ojos el velo. Quiere penetrar, no ya en el misterio de la naturaleza, sino en el misterio del infinito. Su numen soberano, "ávido de *la pléyade* que en el azul rutila, sube con ala enorme" (II, 10). La mujer ideal —casi infinita— y ese infinito que anhela llegan a identificarse. Interpela al Cosmos. No hay respuesta, pero "lo que los astros callan mi corazón lo sabe". Desesperanzado, con una recóndita nostalgia, se entristece "al ver que ese infinito, que en mis pupilas cabe, es insondable al vuelo de mi ambición eterna" (II, 10).

Rivera espera una celeste estrella. La desea. Pero en este anhelo de algo extramundano, se encuentra también con lo terreno. Aparecen entonces la naturaleza —que será en últimas su camino de evasión— y otra mujer, la real-terrenal, representada en la palmera. En adelante estrella y palmera disputarán al poeta.

Los contextos de *palmera* también son femeninos: esbelta, suplicantes, engalana, lánguido ensueño, solitaria, congoja, desfallece, ternura, besos, se abandona, amores, suspira...

El conflicto nacido entre estrella y palmera se agudiza en la tercera parte de *Tierra de promisión*. El poeta lo experimenta vivamente. Primero vence la estrella:

*“bórranse las palmeras suplicantes,  
y lleno de feliz presentimiento,  
como los Magos, en la noche errantes,  
hacia la estrella del confín me oriento”* (III, 7).

En seguida, los laureles le corresponden a la palmera. Esta, distrae la atención del poeta hacia la estrella:

*“Sintiendo que en mi espíritu doliente  
la ternura romántica germina,  
voy a besar la estrella vespertina  
en el agua ilusoria de la fuente.*

*Mas cuando hacia el fulgor cerulescente  
mi labio melancólico se inclina,  
oigo como una voz ultradivina  
de alguien que me callara en el ambiente.*

.....

*Mas ¡ay! que entre la tímida vislumbre,  
inclinada hacia mí con pesadumbre,  
suspira una palmera temblorosa”.* (III, 21).

La victoria es indecisa. Años más tarde, en *La vorágine*, la palmera sigue siendo una mujer. El deseo ha mermado y el amor del poeta se concretiza cada vez más en la naturaleza. El vegetal, ese “ser sensible cuya psicología desconocemos” (L. V., pág. 220) apaciguará, sin solucionar, su sed de amor.

#### *La mujer asimbólica: Mujer real*

Rivera habla directamente de la mujer real en tres sonetos. En los dos primeros se queda en lo sexual, sensual y pasional: ardiente atractivo, voluptuosos lunares... (I, 6) y ardores de mi sangre liviana, caricias apremiantes... (I, 7). Verbos, sustantivos y adjetivos permiten entrever que el poeta no penetra en el misterio de la mujer, sino que permanece

en el umbral. En el tercer soneto, su inspiración se eleva un poco más. De lo físico: cabellos, danza, risas, faldas, se introduce en lo espiritual: más clara que el agua, más sutil que la brisa, ensueño, romántico afán, y concluye en lo físico unitivo: "Oh, daré mis caricias a su boca sonriente" (III, 13).

#### *Lo semi-simbólico: brisa y agua*

En relación con palmera y estrella aparecen la brisa y el agua. La primera con rasgos femeninos: besa la palmera y la frente del poeta y tiene una blanda caricia femenina (III, 12). En *La vorágine* el cariño es comparado con el viento: "El cariño es como el viento: sopla pa cualquier lao" (pág. 66).

El agua, con la que el poeta se ha identificado en el prólogo, es triste, cavernosa, profunda, quieta, salobre, solitaria, huérfana, desolada, inconsolable... Estos calificativos originan una atmósfera de soledad y tristeza. El poeta-agua llega a soñar con una fuente tributaria, y mientras ella viene, "huérfana vive en desolada inopia" (III, 18). El agua, cuando es más objetiva, refleja en su linfa a las estrellas (I, 1) y a la palmera (III, 9).

Agua, brisa, palmera y estrella son los elementos poéticos que usa José Eustasio Rivera para describir su soledad, su amor y la mujer que anhela. Pero *Tierra de promisión* no es la obra cumbre del escritor huilense. En *La vorágine* alcanza su madurez estilística. El hombre, poeta y novelista, proyecta la totalidad de su ser en su obra. Por esta razón, palmera y estrella, o mejor, las realidades que encarnan —mujer real y mujer ideal— se continúan en la novela.

### LA MUJER EN *LA VORAGINE*

#### *La mujer real*

"Más que el enamorado, fuí siempre el dominador cuyos labios no conocieron la súplica" (pág. 11).

"Alicia fue un amorío fácil: se me entregó sin vacilaciones, esperanzada en el amor que buscaba en mí" (pág. 11).

"El lazo que a las mujeres te une lo anida el hastío" (pág. 12).

Estas frases del inicio de *La vorágine* explican la actuación de Arturo Cova frente a la mujer. Su concepción del amor es superficial. Alicia ha dejado de ser difícil, de ser misterio y por esto, de ser mujer. El mismo Cova reconoce que sobre esta posesión física, está la espiritual: "el alma de Alicia no te ha pertenecido nunca" (pág. 12). Ni Alicia ni otras mujeres lo satisfacen:

"Fama de rendido galán gané en el ánimo de muchas mujeres, gracias a la costumbre de fingir, para que mi alma no se sienta sola. Por todas partes fui buscando en qué distraer mi inconformidad, e

iba de buena fe, anheloso de renovar mi vida y de rescatarme a la perversión; pero dondequiera que puse mi esperanza hallé lamentable vacío..." (pág. 27).

Esta mujer real y física recibe con frecuencia el nombre de hembra: "¿qué perdía en Alicia que no topara en otras hembras?" (pág. 125). Arturo no llega a la esencia psicológica y vital del sexo femenino. Entonces se fija en sus deficiencias:

"La que fue mi querida tenía sus defectos: era ignorante, caprichosa y colérica. Su personalidad carecía de relieve: vista sin el lente de la pasión amorosa, aparecía la mujer común, la de encantos atribuidos por los admiradores que la persiguen. Sus cejas eran mequinas, su cuello corto, la armonía de su perfil un poquito convencional. Desconoció la ciencia del beso y sus manos fueron incapaces de inventar la menor caricia. Jamás escogió un perfume que la distinguiera; su juventud olía como la de todas. ¿Cuál era la razón de sufrir por ella? Había que olvidar, había que reír, había que empezar de nuevo" (pág. 125).

Zoraida Ayram revela otro aspecto: la mujer-sexo, que aprovecha sus encantos físicos para domoñar al sexo fuerte. Arturo Cova tiene ante ella diversas actitudes. La ve como:

*Un ser astuto.* "Otra vez, como en las ciudades, la hembra bestial y calculadora, sedienta de provecho, me vendía su tentación" (pág. 248).

*Un animal.* "Cual se agota una esperma invertida sobre su llama, acabó con mi ardentía esta loba insaciable" (pág. 280).

*Un ser extraordinario.* "¿Indudablemente la madona Zoraida Ayram era extraordinaria! Intenté quererla, como a todas, por sugestión. La bendije, la idealicé" (pág. 251).

### *La mujer ideal*

Cova, ante la vulgaridad del amor que encuentra, ambiciona "el don divino del amor ideal" (pág. 11). Piensa en la antinomia entre la mujer que posee y la que anhela, y debe aceptar su autoengaño casi infantil: "Por orgullo pueril te engañaste a sabiendas, atribuyéndole a esta criatura (Alicia) lo que en ninguna encontraste jamás, y ya sabías que el ideal no se busca; lo lleva uno consigo mismo". Sin encontrar el verdadero amor, admite que se halla "espiritualmente, tan lejos de ella como de la constelación taciturna que ya se inclina sobre el horizonte" (pág. 12).

Para evadir el problema de la mujer, resuelve escudarse en su destino: "Nadie me aseguraba que había nacido para casado, y aunque así fuera, ¿quién podría darme una esposa distinta de la que me señalara la suerte?" (pág. 26). Y al problema del destino, se une su alma quijotesca: "Respecto de Alicia el más grave problema lo llevo yo, que sin estar enamorado vivo como si lo estuviera, supliendo mi hidalguía lo que no puede

dar mi ternura, con la convicción íntima de que mi idiosincrasia caballeresca me empujará hasta el sacrificio, por una dama que no es la mía, por un amor que no conozco" (pág. 27).

Arturo Cova en sus aventuras pasionales persigue a Alicia y encuentra a Griselda, Clarita y Zoraida Ayram. Ninguna de ellas lo satisface. Desconsolado, empieza a llorar:

"Hoy, como nunca, siento nostalgia de la *mujer ideal* y pura, cuyos brazos brinden serenidad para la inquietud, frescura para el ardor, olvido para los vicios y las pasiones. Hoy, como nunca, añoro lo que perdí en tantas doncellas ilusionadas, que me miraron con simpatía y que en el secreto de su pudor halagaron la idea de hacerme feliz" (pág. 280s.).

Concluyamos. José Eustasio Rivera, poeta de promisión, anheló una mujer ideal, pero no pudo encontrarla en ninguna mujer concreta. Desengañado, se evadió en la naturaleza:

"Acaricio las flores, me coronó de lianas y a los troncos abrazo con profunda emoción" (I, 14).

"Con las blondas palmeras que la tarde mecía tuve amores..." (III, 19).

"Mi espíritu (...) más que a la encina de fornido gajo, aprendió a amar a la orquídea lánguida, porque es efímera como el hombre y marchitable como su ilusión" (L. V., pág 118).

El universo material tampoco podía calmar su inquietud. Su ansia de felicidad no buscó el verdadero camino de solución: "mi vida no conquistó lo trascendental" (pág. 269). Rivera tuvo miedo de sobrepasar su propio yo para arrojarse en brazos del Infinito.